

Bendito el que viene en nombre del Señor

Vamos a celebrar en estos días santos **el Misterio Pascual de nuestro Señor Jesucristo**. También nosotros –tú y yo– **estamos llamados a vivir el *Misterio Pascual***. A vivirlo, no a quedarnos como espectadores que miran desde fuera un espectáculo que puede ser llamativo, pero que, en el fondo, no tiene nada que ver con su vida, sino **que nos pongamos a los pies del Señor para contemplar**. Contemplar no solo es mirar, contemplar es **tener una mirada de fe para entrar dentro del misterio** que estamos celebrando y poder **dejar que el misterio nos hable a nosotros**, te hable a ti en tu vida concreta. Y esta contemplación del misterio del amor de Dios te lleve a seguir a Jesucristo, te lleve a encontrarte con Él y a experimentar en tu vida esto que celebramos en el misterio pascual.

No podemos seguir a Jesús desde lejos, como hace el pobre Pedro cuando llevan a Jesús a casa del sumo sacerdote. Seguimos a Jesús “desde lejos” cuando no le dejamos ser Señor de *toda* nuestra vida, cuando huimos de la cruz, cuando solo escuchamos su voz cuando nos conviene, cuando le ponemos condiciones para seguirle...

No estamos llamados a “estar lejos”, **estamos invitados a sentarnos a la mesa con Jesús**: *Ardientemente*

he deseado comer esta Pascua con vosotros, ¡contigo!

¡El Señor quiere hacer Pascua contigo!

Toda la vida del cristiano es vivir el *Misterio Pascual*. Todo el evangelio es una subida del Señor a Jerusalén. Y también lo es toda la vida del cristiano. “Subir a Jerusalén” es mucho más que una subida geográfica, es una subida existencial: es **tomar tu cruz y encontrarte en ella con el Señor**; vivir obedeciendo a la voluntad de Dios y experimentar su victoria en tu vida; ver cómo el Espíritu Santo hace nueva tu vida. Es vivirlo *todo* con el Señor.

La *procesión de ramos* expresa visiblemente nuestra *procesión interior*.

Estamos llamados a **subir con el Señor a Jerusalén para vivir la Pascua con Él**, que *se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo... y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.*

Porque **al cielo se sube, bajando**.

La segunda lectura nos ha hablado con claridad. **Dos modos de vivir: *Adán***, siendo hombre, quiso ser como Dios, pero sin Dios, quiso subir al cielo “trepando”, y su desconfianza y desobediencia nos trajo la

ruina. **Cristo, nuevo Adán, siendo Dios se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo**, fue obediente hasta la muerte y nos trajo la redención.

Y este es el combate de cada día. Seguir a Adán o seguir a Jesucristo. Tú decides. **¿Te quedas siendo un espectador? ¿O aceptas la invitación para sentarte a la mesa con Jesús.**

Compromiso semanal

Vive al máximo estos días intensos que hoy comenzamos. **Aprovecha al máximo todas las celebraciones y todos los momentos de oración** para tu crecimiento en la fe. Procura **encontrarte** de verdad **con Cristo**, muerto y resucitado por ti, **que, desde la Cruz, te invita a seguirle** y, como él, a morir cada día para llegar a la gloria.

La Palabra del Señor, luz para cada día

1ª lectura: Isaías 50, 4–7.

No oculté el rostro a salivazos y sé que no quedaré avergonzado.

Esta lectura es el tercer cántico del Siervo del Señor. **Yahvé capacita al siervo para cumplir su misión como consolador de los abatidos.** El está siempre a la escucha de lo que Dios habla, dispuesto siempre a cumplir su voluntad, aunque esto le acarree dolores y ultrajes. **Expresa su confianza amorosa en Yahvé**, que le ayuda a soportar esos dolores. Al final, **esa confianza salva al Siervo y le da la victoria sobre sus enemigos**, aunque sea a través de la muerte.

Salmo 21. Dios mío. Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Este salmo brota de la experiencia de un profundo sufrimiento iluminado por la revelación. **Jesús crucificado oró con las palabras del salmo**, después que los soldados se repartieron sus vestidos y las autoridades judías se burlaron de él. **Lo cumplió al pie de la letra. Experimentó el abandono de Dios. Pero Dios lo escuchó y lo resucitó.** Al orar con este salmo tenemos presente el relato del Siervo doliente de Yahvé (primera lectura) y la Pasión de Jesús (evangelio). Nos unimos, también, a todos los hombres que sufren, y **pedimos que nos llegue pronto a todos la alegría definitiva.**

2ª lectura: Filipenses 2, 6–11. Se rebajó a sí mismo; por eso Dios lo levantó sobre todo.

San Pablo nos introduce en lo profundo del misterio de Dios y de su salvación. Dios ha tomado posesión efectiva de su obra y se la ha reconciliado consigo en Jesucristo, el "pobre", el anonadado. Cristo, "despojado de su rango divino", "se vació de sí mismo", "se rebajó hasta someterse incluso a la muerte y una muerte de cruz. **Jesucristo crucificado es la revelación del corazón mismo de Dios a los hombres.** Es un profundo misterio que nos desconcierta. **La Iglesia tiene la misión de hacer presente en el mundo la obra de redención de Jesús, el Siervo por excelencia. Para cumplirla, está llamada a comportarse como Jesús, el Siervo.** Luchará constantemente por despojarse de toda autosuficiencia y desprenderse de todo poder y prestigio humanos. **Buscará únicamente el apoyo y la protección de Dios.** Le va en ello la propagación del Evangelio. **Cristo es Señor a través de la humillación de la cruz.**

Puedes leer *2 Corintios* 8, 9.

Evangelio: Mateo 26, 14–27, 66. Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

En el relato de la Pasión del Señor, san Mateo nos presenta a **Jesús inmolado como cordero pascual**, realizando así la liberación de los hombres, la nueva alianza que sustituye a la de Moisés en el Sinaí, conmemorada en la Pascua judía. **La sangre de Cristo –su sacrificio–**

sella esta nueva alianza. Y de este sacrificio han de comer todos los que participan de la Alianza.

Puedes leer *Éxodo* 12, 14-20 y *1 Pedro* 3, 18-22.

Lunes Santo, 30	<p>Is 42, 1-7. No gritará, no voceará por las calles. Sal 26, 1-3. 13-14. El Señor es mi luz y mi salvación. Jn 12, 1-11. Déjala; lo tenía guardado para el día de mi sepultura.</p> <p style="text-align: right;">Haz una obra de misericordia</p>
Martes Santo, 31	<p>Is 49, 1-6. Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra. Sal 70, 1-6. 15.17. Mi boca contará tu salvación, Señor. Jn 13, 21-33. 36-38. Uno de vosotros me va a entregar...</p> <p style="text-align: right;">Reza, pidiéndole al Señor la luz</p>
Miércoles Santo, 1	<p>Is 50, 4-9. No me tapé el rostro ante ultrajes. Sal 68, 8-34. Señor, que me escuche tu gran bondad el día de tu favor. Mt 26, 14-25. El Hijo del hombre se va; pero, ¡ay del que lo entrega!</p> <p style="text-align: right;">Revisa tu vida a la luz del Evangelio de hoy</p>
Jueves Santo, 2	<p>Ex 12, 1-8. 11-14. Prescripciones sobre la cena pascual. Sal 115, 12-18. El cáliz que bendecimos es la comunión en la sangre de Cristo. 1 Co 11, 23-26. Cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz proclamáis la muerte del Señor. Jn 13, 1-15. Los amó hasta el extremo.</p> <p style="text-align: right;">Ora por los hermanos de tu <i>comunidad</i></p>
Viernes Santo de la Pasión del Señor, 3	<p>Is 52, 13-53, 12. El fue traspasado por nuestras rebeliones. Sal 30, 2.6.12-17.25. Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu. Hb 4, 14-16; 5, 7-9. Aprendió a obedecer y se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación. Jn 18, 1-19, 42. Mi reino no es de este mundo.</p> <p style="text-align: right;">Ora desde <i>tu cruz</i></p>
Vigilia Pas- cual, 4	<p>Gn 1, 1-2.2. Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno. Sal 103, 1-35. Envía tu espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra. Gn 22, 1-18. El sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe. Sal 15, 5.8-11. Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti. Is 54, 5-14. Con misericordia eterna te quiere el Señor, tu redentor. Sal 29, 2.4-6.11-13. Te ensalzaré, Señor, porque me has librado. Is 55, 1-11. Venid a mí y viviréis, sellaré con vosotros alianza perpetua. Sal Is 12, 2-6. Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación. Ba 3, 9-15. 32-4, 4. Caminad a la claridad del resplandor del Señor. Sal 18, 8-11. Señor, tú tienes palabras de vida eterna. Ex 36, 16-28. Os daré un corazón nuevo. Sal 41, 3.5; 42, 3.4. Mi alma te busca a ti, Dios mío. Rm 6, 3-11. Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más. Sal 117, 1-2.16-17.22-23. Aleluya, aleluya, aleluya. Mt 28, 1-10. Ha resucitado y va por delante de vosotros a Galilea.</p> <p style="text-align: right;">Haz una oración de alabanza</p>
Domingo DE PASCUA DE	<p>Hch 10, 34a. 37-43. Hemos comido y bebido con él después de la resurrección. Sal 117, 1-23. Este es el día en que actuó el Señor. Col 3,1-4. Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo. Jn 20, 1-9. El había de resucitar de entre los muertos.</p>

Testigos de Señor: Beata Alfonsa Clerici

Nació en Linate en 1860. A los 15 años entró al colegio de las Hermanas de la preciosísima Sangre en Monza. En 1879 consiguió el diploma de maestra en grado superior y comenzó a enseñar en la escuela pública de Linate. A los 23 años ingresó en la comunidad del colegio donde había estudiado. Luego de emitir sus votos, enseñó en el colegio donde había estudiado. Allí fue también la directora de 1898 a 1907. El principal desafío que enfrentó fue la solución de una gran crisis económica que sufrió su instituto. Fue llamada en 1911 a dirigir el colegio *Retiro de la provvidencia*, en Vercelli. Se trataba de un instituto de acogida de personas huérfanas o que vivían en una situación familiar difícil.

Su santidad se fue forjando en pequeñas acciones de caridad que tenía con sus alumnos y con las personas más necesitadas que llegaban a este instituto.

Durante la Primera Guerra Mundial, un soldado fue a pedirle dinero. La hermana Alfonsa sólo tenía

la cantidad exacta para comprar una lámpara para el Santísimo. Ella le dijo que no lo podía ayudar económicamente. En la noche no pudo dormir y decidió darle ese dinero al soldado. Al día siguiente fue una condesa a visitarla y a darle una ofrenda. “Era la misma cantidad que le había dado al soldado. ¡El Señor se lo había devuelto!”.

Entre el 12 y el 13 de enero de 1930, la hermana Alfonsa sufrió una fuerte hemorragia cerebral mientras que oraba con su habitual posición de la cabeza en el suelo. Así fue encontrada. Murió al día siguiente.

Durante su proceso de beatificación, cinco de sus alumnas, cuyas edades oscilaban entre 85 y 87 años, dieron su testimonio sobre los actos de caridad de esta religiosa: “Lo más bello es que todas las interrogadas decían lo mismo: eran bien tratadas, ella sabía estar cercana a todas y buscar para cada una la mejor solución. Fue beatificada el 23 de octubre de 2010